

Bajo el signo de los gusanos

Seudónimo del autor: Timeo de Tauromenio

“Una en vida y otra en muerte, el Hombre es el único animal que es devorado dos veces por los gusanos”. (El autor).

La muerte me ha convertido a mí, el más vulgar actor del drama humano, en mera despensa de unos diminutos salteadores de tumbas, los gusanos. Un poco ingratos sí que han sido con mi persona estos invertebrados que ahora se arrastran sobre mis despojos. ¿Acaso no velé siempre desde niño por los de su especie? ¿Quién sino yo cuidó de aquellos desamparados gusanos de seda que hallé sin comida en una caja abandonada junto a un retrete en mi colegio? ¿Y a cuántos gusanos de la fruta indulté al descubrirlos en el interior de una manzana? Y no hablemos de las lombrices que esquivé en verano con mi bici aun a riesgo de romperme la crisma. Podría añadir otros muchos ejemplos, pero no ahora, que tiempo habrá.

He sido su salvavidas, su guardián, su benefactor. Es algo que supe siempre desde la más tierna infancia, había sido escogido por el destino para pechar con esa carga. Y, sin embargo, lo más irónico de todo es que los gusanos siempre me han repugnado como ningún otro ser viviente sobre la faz del planeta.

Ya entre mis primeras pesadillas recuerdo una que podría figurar en una antología de fobias. No sé cómo me veía cayendo en un gran estanque rebosante de unos gusanos de piel translúcida, largos y delgados que presentaban un extraño abultamiento en uno de sus extremos. Sin poder resistirme, por mucho que agitara brazos y piernas, me iba hundiendo despacio entre ellos hasta quedar sepultado por su carne menuda, silenciosa y húmeda.

Malditos gusanos, omnipresentes a lo largo de mi vida. Hubiese podido acabar con facilidad con ellos o dejarlos morir cuando el destino los sentenciaba, pero no podía, me sentía incapaz. Tan indefensos, los gusanos encarnaban a la perfección la fragilidad misma de la vida en un mundo cercado de peligros. Allá donde alcanzan mis primeros recuerdos me he visto víctima de la compasión desmedida hacia todo aquello que me remitiese a mi propia debilidad. Y los gusanos personificaban ese sentimiento como ninguna otra cosa. Me producían repulsión, sí, pero a la vez una lástima infinita, una pena enfermiza nacida de mi alma pusilánime; se me antojaban espejo del espíritu derrotista que mantuve siempre ante la vida. Ellos y yo compartíamos idéntica conducta y destino. Su manera de moverse, arrastrándose, era la mía propia, siempre claudicando, siempre pisoteado. De haber nacido perro habría sido el último de la camada; hasta morir de inanición con tal de no luchar con mis hermanos y hacerme un hueco entre las ubres de mi madre.

Por tales razones, y aunque temblando por el asco que me causaban, protegí desde siempre a los gusanos. Fui el exoesqueleto que la Naturaleza les negó. Apenas balbuceaba de niño unas pocas palabras, y ya oía una frase en mi interior que me martirizó toda mi vida, una letanía maldita que acabó arruinando mi existencia. Decía así: «Sálvalos, Eduardo, sálvalos; que vivan también las criaturas». Y ya lo creo que vivieron, incluso a costa de mi vida.

Me costó lo mío cuidar de los gusanos de seda que rescaté entre los orines de los lavabos en el colegio. Yo no había pedido esa responsabilidad. Si no era capaz ni de defender mi bocadillo contra mis compañeros, ¿cómo iba a sacar adelante a unos gusanos? Nada sabía de sus hábitos, de su comida. ¿A quién preguntaría si apenas me relacionaba con otros niños?

En una ocasión, el padre Rosendo me regañó en clase: «¡Eduardo, presta atención! ¿Pero se puede saber en qué estás pensando?». «En los gusanos de seda, padre. No sé qué comen», contesté cariacontecido. «¡Pero serás zopenco! A ver, decídselo vosotros», e hizo un gesto a mis compañeros para que me lo corearan. Éstos gritaron a voz en cuello: «¡¡¡Hojas de morera!!!»

Así fue cómo supe qué masticaban esos bichos. Sin embargo, me resultaba insoportable la aprensión que sentía cada noche al destapar la caja de zapatos para introducirles su ración. A veces lo hacía a tientas, cerrando los ojos para evitar verlos, mas su olor me alcanzaba provocándome arcadas.

La tía soltera que me crió nada supo al principio de los gusanos, que ocultaba yo en un rincón de mi armario. Suficiente tenía ya trabajando de costurera, con llevar la casa y ocuparse de mí como para estar al corriente de mis secretos. Bastante hizo acogiéndome tras morir mis padres en un sonado accidente de tren, en los lejanos años de la dictadura de Primo de Rivera.

Mientras que mis compañeros de clase regresaban jubilosos a casa, acabada la jornada escolar, yo lo hacía sin ilusión alguna sabiendo lo que me aguardaba en la mía, unos asquerosos gusanos que parecían regir mi vida desde su trono de cartón. Repetidas veces pensé en agarrar la caja, salir corriendo y arrojarla al río desde lo alto del puente que había cerca de mi casa. Una vecina llegó a contarle preocupada a mi tía que me había visto asomándome a la barandilla del viaducto con algo que sujetaba en las manos; y que yo temblaba y hablaba solo. Lo que la vecina no acertó a escuchar no fue otra cosa que «Sálvalos, Eduardo, sálvalos; que vivan también la criaturas».

Un buen día descubrí asombrado que los gusanos hilaban con su viscosa boca una espesa urdimbre en torno a sus cuerpos. En breve, quedaron encerrados dentro de unos capullos hechos por ellos mismos, esfumándose de mi vista. Me puse tan contento que me entraron ganas de saltar. «Con lo apagadito que eres», me dijo ese día mi tía en la comida, «que pareces un huevo sin sal, hoy resultas hasta gracioso». Y llevaba razón, me sentía liberado. Hasta conseguí hacer reír a mi tía imitando el andar patizambo del padre Modesto, el cura de nuestra parroquia. Incluso comí con un apetito inusitado, lo cual era noticia tratándose de mí.

Sin embargo, la alegría me duró bien poco. Una noche oí desde la cama unos ruidos extraños procedentes del armario. Lo abrí temeroso, pensando en la caja de los gusanos. En efecto, los sonidos me conducían directo a ella. Lo que allí presencié me hizo tiritar de arriba abajo; un sudor gélido escarchaba mi espalda. La caja, aunque cerrada, presentaba un agujero en uno de sus lados del tamaño de una ciruela. Algo había taladrado el cartón. Ese algo pude verlo asomar de la manga de un jersey que había justo detrás de la caja. Era un gran gusano verde del tamaño de una salchicha que se arrastraba con movimientos espasmódicos dejando un rastro de secreciones. Chillé con todas mis fuerzas. Y en esas que gritaba, desperté.

Me incorporé hacia delante espantado, hasta comprender que había sido víctima de una pesadilla. El corazón me saltaba en el pecho, como si rebotase entre el esternón y las costillas. Intenté calmarme. Pasaron muchos minutos. Al cabo, me dejé caer sobre la cama como un peso muerto. En breve dejé de oír mi respiración agitada; de nuevo el silencio. Poco a poco fui adormeciéndome hasta que, de repente, unos ecos apagados me devolvieron la consciencia de golpe.

Abrí los ojos y la oscuridad de la habitación afinó al máximo mis oídos. Presté atención y ahí estaban de nuevo los ruidos misteriosos, que sonaban como en la pesadilla padecida. Como un sonámbulo, me levanté, fui directo al armario y lo abrí con mano trémula. Mis peores presagios cobraron vida: había algo que no paraba de moverse dentro de la caja, golpeándose contra el cartón una y otra vez. La destapé despacio. Vi estupefacto que de los capullos, ahora rotos, había salido un tipo de mariposas que no presentaba ni el colorido ni la gracia de las que acostumbraba a disfrutar en el campo. Las que ahora miraba eran desproporcionadas, con abdómenes desmesurados y alas pequeñas, ridículas, cubiertas de manchas grisáceas,

mortuorias. Estas mariposas no estaban hechas para volar entre flores sino para planear sobre tumbas. Eran una suerte de polillas, pero siniestras; preferían la oscuridad a la luz. La mayoría permanecían estáticas, acopladas entre ellas; otras, las menos, estaban aisladas, inquietas, intentando revolotear en vano, emitiendo el sonido de un ventilador de aspas rotas. La sola visión de esta inesperada escena, sumada al impacto de la pesadilla anterior, me produjo tal impresión que perdí el conocimiento, creo.

Al despertar, mi tía estaba sentada en el borde de la cama con una taza de leche humeante en las manos. «Tómame esto calentito que te irá bien, criatura. Para mí que has cogido frío», me dijo, mientras me colocaba una segunda almohada bajo la cabeza a fin de poder incorporarme. Le pregunté qué había sucedido. Pero de pronto hice memoria y, sin poder articular palabra, le señalé espantado el armario. Al ver mi repentina agitación, intentó calmarme: «Ya sé, ya sé. No te apures, Eduardín, que te los he dejado aquí al ladito en la mesita de noche. ¿Ves?», y señaló la caja. «¿Pero cómo es que no me habías confiado el secreto de tus gusanitos? ¿Creías que me iba a enfadar? Pero si tu tía nunca se enoja contigo. Con lo que me gusta presenciar cómo tejen la seda, animalitos. Se parecen a mí, siempre cosiendo. Yo de niña también los criaba».

Al ver que no contestaba, prosiguió como si nada, ajena a que sus palabras eran agujas clavándose en mis oídos: «Ya verás cuántos gusanitos te van a dar estas mariposas con los huevos que pondrán en nada. Necesitarás más cajas y más hojas de morera, pero yo te ayudaré. Ya verás lo bien que lo pasaremos». No pude creer lo que oía. Como si delirara, con un hilo de voz apenas audible, sólo acerté a pronunciar: «Los gusanos, los gusanos...». Al oír esto, mi tía perseveró en su involuntaria tortura: «Cálmate que estarán bien. Yo los cuidaré mientras te dure la calentura. Hay que ver cómo te gustan. Desde muy chiquito ya te llamaba la atención cualquier gusano. Recuerdo que poco antes de lo del accidente de tren fuimos en compañía de tus padres, que en paz descansen, a pasar un bonito día en el campo. Al ir a clavar tu papá una lombriz en el anzuelo, que hay que ver qué hombre, ¡cómo le gustaba pescar!, tú te pusiste blanco y empezaste a patalear con una rabieta de María Santísima. Le chillaste: '¡No, papá, no la mates! ¡Pobrecita, sálvala!'. Y ahora que recuerdo, lo curioso es que él te la depositó en la mano para calmarte y tú te pusiste a temblar de pies a cabeza, como si te fuera a picar; pero no la tiraste al suelo, no qué va, la mantuviste un rato hasta que te orinaste encima».

No pude creer lo que acababa de escuchar de labios de mi tía; eran detalles de mi infancia que no recordaba, quizá porque mi mente se negó a almacenarlos en la memoria, si bien se me habían colado por los vericuetos retorcidos del subconsciente. Ahora al menos sabía que eran lombrices los nauseabundos gusanos entre los que me hundía sin remedio en mi pesadilla recurrente.

Tras retirarse mi tía, después de beberme la leche, me fui quedando dormido. El sueño me trasladó a horizontes poco gratos donde de nuevo fui presa de pesadillas. Y no giraron esta vez en torno al estanque de las lombrices. No, aunque casi habría sido mejor. Ahora, a oscuras, me vi sin ropa acurrucado hecho un ovillo confinado entre las cuatro paredes de cartón de la caja de zapatos de los gusanos. Su tapadera se deslizaba mientras que una voz susurrante y entrecortada se colaba en el interior empapando de humedad su negrura: «Sálvalos, Eduardo, sálvalos; que vivan también la criaturas».

Transcurrió mi niñez y con ella mi tía, quien una noche falleció mientras cosía en su mecedora bajo la mortecina luz de la lámpara. No se desplomó de la butaca; quedó sentada como si tal cosa. Parecía dormida, con sus gruesas lentes medio caídas sobre la nariz. Conociéndola, creo que aun sin vida consiguió arrancarle algunos respuntes a la muerte, tal era la entrega a su labor de costurera.

En el entierro fui incapaz de derramar una sola lágrima. Sin embargo, de vuelta a casa, al entrar en la salita y ver la mecedora vacía, me abracé a su respaldo estallando en un amargo

sollozo. Al observar su madera tan de cerca, la descubrí plagada de agujeros de carcoma; nada es tan imperecedero como parece, ni siquiera el robusto asiento desde donde creía que mi tía me ampararía siempre. Infeliz tía mía que murió pensando que los gusanos de seda habían adornado mi infancia.

Sin sus ingresos tuve que abandonar los estudios y ponerme a trabajar de mozo de almacén en una modesta pañería. Acabada la jornada, solía acudir a una academia para aprender contabilidad y mecanografía. Aspiraba a algo más que hacer de mula de carga el resto de mi vida. El dueño no era mala persona, y al no disponer yo de dinero con que pagarle me permitía asistir a sus aulas a cambio de hacerle recados y pasar la escoba.

Y así discurrieron los años hasta convertirme en mozo. No esperaba gran cosa de la vida, pero ésta tampoco parecía importunarme con sobresaltos; la rutina era un traje hecho a mi medida. Mas un buen día, tras varios de enorme confusión, los periódicos y la radio nos hicieron saber a los españoles que la nación era presa de una insurrección militar que pronto se convirtió en una guerra civil.

Fui movilizado. Sin apenas instrucción ni implementa me enviaron al frente. Allí había poca cosa de lustre para hacer la guerra, al menos tal como la había concebido en mis juegos infantiles con los soldaditos de plomo, tan uniformados y marciales ellos. En mi guerra de mayor escaseaban los galones y las armas, aunque eso sí, la patria daba matarile por igual a ambos bandos, los rojos y los facciosos.

«Cuentas con fusil y munición para dos días, Canet. Así que apunta bien y revienta los sesos de esos fascistas de la colina de enfrente», me ordenaba uno que, aun sin graduación pero con mucha acción revolucionaria a sus espaldas, se imponía a los demás. Y yo tenía que intentar dar a aquellas siluetas sin cara que de vez en cuando vislumbraba a lo lejos como sombras huidizas, espectros que morían o mataban con idéntica naturalidad.

Hasta en la guerra puedes pasar buenos momentos. Y yo tuve los míos de la mano de la amistad. Al cobijo de las trincheras hice el único amigo que tuve de verdad en toda mi vida. Se llamaba Lorenzo. Nos contábamos nuestras vidas y nos reíamos de las mismas cosas. Sucedió después de iniciarse las hostilidades, en unos meses en que el frente permanecía estable y nos limitábamos a pegar unos pocos tiros, insultar a gritos al enemigo o intercambiar cosas con él en treguas improvisadas. Lo más peligroso era encender lumbre a pecho descubierto por la noche para prender el pitillo que acababas de liar. Si te descuidabas te volaban cigarro y boca de un solo tiro.

En otoño el enemigo lanzó una ofensiva formidable a unas docenas de kilómetros de donde nos hallábamos, por lo que dieron orden al batallón de reforzar el frente atacado. Entonces no lo sabíamos todavía pero nos dirigíamos directos a nuestra primera gran batalla. A Lorenzo lo destinaron a otra compañía y le perdí el rastro. Al principio nos llevaron en camionetas, pero finalmente caminamos tres días enteros, acabando así por desmochar nuestras alpargatas de esparto. El choque con el enemigo resultó terrible. Tuvimos que luchar durante semanas en unas montañas de relieve áspero y desolado donde el mejor de los parapetos se reducía a un matorral de aliagas. Las laderas se infestaron de cadáveres que nadie se molestaba en enterrar.

Una noche nos concentraron frente a un altozano fortificado por el enemigo, una cota en la que tan sólo un par de días antes había ondeado nuestra bandera. A la mañana siguiente, al filo del alba, nos ordenaron un ataque frontal para tomar la posición. Bajo un intenso fuego logramos llegar a media ladera, no sin sufrir abundantes bajas. Yo me limitaba a reptar en tierra como una serpiente asustada bajo una lluvia de granizo. De pronto, entre varios cadáveres malolientes que había frente a mí, reparé en uno que me resultaba familiar. En ese instante el sol comenzaba a despuntar desde la vertiente opuesta, iluminando el terreno que pisábamos. Las balas silbaban a nuestro alrededor. Sin despegarme del suelo me arrastré hasta el cuerpo en cuestión, un cadáver medio desnudo tendido boca arriba que parecía un muñeco roto. Sobre la carne hinchada y renegrada se movían infinitud de larvas blancuzcas. Me acerqué un poco más,

el hedor era insoportable. A ras de tierra observé el perfil de la cara. Dudé, pero esa nariz aguileña y la quijada prominente... No cabía duda de que era él, ¡Lorenzo! Vomité. Confieso que no lo hice tanto por la impresión de ver a mi pobre amigo allí tendido como por el asco infinito que me produjeron mis viejos conocidos, los gusanos, en aquella inesperada aparición. Al vomitar me vi obligado a colocarme en cuclillas para no ahogarme. Oí voces de advertencia a mis espaldas. Entonces, un golpe seco y brutal en el hombro, cual culatazo, me desplomó hacia atrás. Quedé echado sobre un costado, aturdido, sin dolor. Pero al poco un fuego interno fue prendiendo en mi carne, abrasándola. La sangre brotaba empapándome el torso, como esos cristos de la infancia que veía desfilar junto a mi tía en Semana Santa.

Pese a mi estado, oí los disparos de un compañero que utilizó el cuerpo de Lorenzo como resguardo. Otros muchos de la compañía, puestos en pie, me sobrepasaron iniciando una carrera desesperada montaña arriba. Vi caer a la mayoría derribados por fuego de ametralladora y mortero. Aullidos de dolor y miedo sustituyeron la primera salva de los gritos encorajinados que precipitaron el suicida embate. Los pocos que regresaron dejaban a su paso tambaleante un reguero de tripas y de sangre. Sin embargo, a pesar de que en derredor rugía la muerte, mi mirada no se apartaba de los gusanos que acompañaban a Lorenzo, herederos últimos de todos cuantos allí combatían. La montaña estallaba en mil pedazos y los gusanos seguían indiferentes, a lo suyo, instalados en su despensa, inamovibles en su festín de carne. De pronto, unas manos me atenazaron los tobillos y tiraron de mí hacia atrás arrastrándome hacia nuestras filas. No recuerdo nada más porque me desmayé.

Al despertar comprobé que me hallaba en una enfermería de campaña instalada en una caseta de peones camineros. Me habían extraído la bala y esperaban evacuar me muy pronto a un hospital en la retaguardia; de lo contrario, a decir del sanitario, mi herida se infectaría y olería peor que el rancho. Por suerte, consiguieron meterme en una camioneta que me alejó del frente y la gangrena.

Permanecí varias semanas en un hospital. La herida cicatrizó bien pero caí enfermo de un mal extraño. Empecé a adelgazar sin más, y eso que ya andaba en los huesos. El médico ignoraba qué podía ser, pero tampoco parecía importarle habida cuenta de que tenía otras prioridades: las amputaciones y hemorragias que hacían cola frente a él. La enfermera se limitaba a darme cucharadas de tónicos reconstituyentes y soluciones estomacales. Sin embargo seguía empeorando.

Un buen día llegó un médico nuevo de trato rudo y antipático, pero con mucha experiencia en su haber. Todo el mundo le temía, sobre todo las enfermeras. Yo no solía caerle ni bien ni mal a nadie, simplemente pasaba desapercibido, tal como ocurriera en el colegio y en mis primeros trabajos. En cambio, él reparó en mí porque no me quejaba y me consumía en silencio con resignación, sin rechistar, más por debilidad que por otra cosa. Sin embargo, pensó que era por carácter. Así que se dignó a reconocermé, tras lo cual me diagnosticó que padecía la tenia. Sí, la temida solitaria. Yo conocía bien la enfermedad desde niño por haberla sufrido un compañero de clase y explicarnos el profesor qué la originaba. Recuerdo que aquella misma noche, en casa de mi tía, había rezado para no padecerla jamás. Por lo que se ve no imploré lo suficiente. En plena guerra y yo con esa especie de lombriz con forma de cinta robándome la vida. Otra vez los gusanos. A partir de aquel momento, cada vez que oía borborismos en mi vientre me imaginaba a la bicha curioseando en mis intestinos, mordisqueados como aquellas hojas de morera de la infancia. Hubiese deseado correr a las líneas enemigas y que una bayoneta atravesase mi vientre con la esperanza de que arponease a la criatura de paso.

Apenas podían suministrarme una medicación efectiva que acabara con ella. Pero por lo menos no dejarían que me muriera de inanición. Por ello, el médico ordenó que me doblaran la comida. Así se lo hizo saber a la enfermera: «A Canet le ponen más de todo, que ahora son *dos* en la mesa», le dijo, ironizando sobre mi mal. De esta forma el Ejército tuvo que alimentar forzosamente a la bestia parásita que llevaba dentro, a aquel maldito pitón de los infiernos.

Una noche hubo un ataque de la aviación enemiga. Algunos proyectiles cayeron cerca y los cristales se hicieron añicos. Los enfermos nos vimos obligados a refugiarnos bajo las camas. Una bomba destrozó la cubierta del pabellón donde me encontraba, causando algunos muertos y muchos heridos. Tuve suerte, pues justo el compañero de la cama de al lado murió aplastado, y eso que se había colocado el orinal en la cabeza a modo de casco, ¡el pobre!

Pues bien, yo no sé si fue casualidad o no pero el caso es que a partir de las jornadas siguientes comencé a experimentar una gran mejoría. Días después la ciencia médica se expresó así en boca del facultativo en cuestión: «Soldado Canet, creo que la tenia que le venía jodiendo en los últimos meses se ha ido a tomar por culo. Así que le voy a firmar el alta para que le manden al frente, ¡qué ya está bien de estar aquí a la sopa boba, coño!». Mis compañeros de pabellón se rieron a mi costa bromeando acerca de que había sido el bombardeo precisamente lo que había matado a la tenia de puro canguelo. Y no debían andar muy equivocados, pues cursé una diarrea que me duró días.

La guerra prosiguió obsequiando carnaza a los gusanos dos interminables años más. A estos bichos les daba lo mismo que procediera de fascista o de rojo, que a ambos repelaban por igual sin hacer ascos.

Acabada la contienda, en una España agusanada de luto y hambre, hallé por fin colocación como oficinista en un almacén de tableros. Allí fue donde caí preso de Don Antonio Peláez Mirete, fundador y propietario del próspero negocio. Con él daba comienzo otro tipo de gusanos en mi vida, no menos aprensivo que los reales, y que además ejercería un dominio absoluto sobre mi persona. Así, Don Antonio fue una sanguijuela que consiguió acabar con lo que la tenia no pudo en guerra. Él y su almacén me extrajeron la vida poco a poco. A veces, tras jornadas eternas en que mi vista se emborronaba de tanta suma arrastrada, me entraban ganas de sacarle los ojos con mi pluma y verterle la tinta en las cuencas vacías. Pero de nuevo oía en mi interior la vieja letanía de: «Sálvalos Eduardo, sálvalos; que vivan también las criaturas». Y Don Antonio vivió, ya lo creo, y con él su almacén, que creció y creció. No tanto como el *No-Do* y el Real Madrid, los únicos entretenimientos que conseguían abstraerlo del trabajo.

Cuando empecé a ser novio formal de Maruja, a la que conocí casualmente en un acto benéfico organizado por Acción Católica, de la que ella era miembro entusiasta, supe que mi soltería tocaba a su fin. Nunca llegué a saber si me llegó a gustar de veras o si salí con ella por pura inercia. Sea como fuere, lo único cierto es que me vi preso de una nueva cadena que un año después Don Matías, el cura de la parroquia, se encargó de candar a mi cuello para siempre. Así las cosas, y con los gastos de la boda, no me quedó más remedio que hacer horas extras en el almacén. Don Antonio no cejaba de acecharme de continuo en la oficina. A todas horas soportaba el tono agrío de su voz y la opresión de su mirada inquisitiva. Nunca conocí a nadie tan miserable y que amara con tal descaro el cochino dinero. Él lo ganaba y yo se lo contabilizaba después en los libros con la esforzada doma de la aritmética. Los números iban arrasando mi vista y mi mente, con su interminable procesión de sumas y restas que tantos tinteros secaron, torturándome con esas retahílas de céntimos que no siempre se dejaban cuadrar bajo la sombra de mis manguitos. Qué joven era yo todavía para descubrirme en el rostro idéntica expresión de ceguera que mi tía. Ella se dejó la vista en sus bordados; yo, ábaco humano, en los perfiles sin alma de los aburridos guarismos.

Por la noche llegaba rendido a casa, que pronto dejó de ser mía para convertirse en propiedad exclusiva de Maruja. Sus cosas desplazaron mis cosas, sus manías mis manías, sus gustos mis gustos, su vida la mía. Su dominio multiplicó su presencia y fue tal el agobio que yo mismo me veía de visita en mi propio hogar. Me recriminaba por cualquier nimiedad, no me dejaba en paz. Bajo su tutela vivía yo en perpetuo acoso. Con Maruja y mi jefe, me supe

acorrallado para el resto de mis días. El único momento en que me sentía libre era la media hora que invertía caminando al trabajo o volviendo de él.

Envalentonado, un día que volvía de la oficina, a punto estuve de pasar de largo de mi portal y abandonar a Maruja para siempre. Pero el viejo eco retumbó en mis oídos: «Sálvalos, Eduardo...». Lo mío era seguir portando hojas de morera a la maldita caja.

Las escasas noches que ella toleraba que le subiera el camisón para abrazarla, la alcoba debía permanecer a oscuras tal como le indicaba Don Matías en el confesionario. Y en esa negrura espesa que emboscaba nuestra unión, me imaginaba como una de aquellas mariposas de los gusanos de seda que permanecía inmóvil acoplada con otra en el abismo sin fondo de la caja de zapatos.

Pese a llevar un año y pico casados los hijos no llegaban. Hasta que un día ella me informó de que íbamos a ser padres. Me alegré mucho. Pensé que mi suerte cambiaría, que quizá así se rompería el cerco que me asfixiaba. Mi jefe, al enterarse, me dijo dándome palmaditas en la espalda: «Bien, bien. A ver si contrayendo nuevas responsabilidades se me centra usted, Canet, que se me embrolla con las cuentas como un escolar».

Cuando la monja destapó al bebe que portaba en brazos, vi que le colgaba a éste un pequeño *gusano* rosáceo entre las piernas. Tuve un mal presentimiento. «Qué pena. Mejor niña», pensé. Lo bautizamos con el nombre de mi difunto suegro, Pedro.

Andando los años, el bebé dio paso al niño y éste al adolescente. Al tiempo, la calvicie me alejaba de la juventud a la par que comencé a caminar algo encorvado de tantas horas que transcurría en el trabajo clasificando montañas de albaranes y facturas sobre la mesa. Maruja, por su parte, ganaba en peso y mal carácter. Como su cabeza, pequeña y muy redonda, acusaba una gran desproporción respecto a su cuerpo, en continuo crecimiento a lo ancho, se me antojaba una viscosa oruga enorme. Sus visitas a la iglesia, de semanales pasaron a diarias. Para ella, Don Matías era Dios en faldón negro, mientras que yo no era nada.

La muerte de su madre la vistió de negro. Así, de luto riguroso durante años, alcanzó un porte acorde con su nuevo puesto recién conquistado en Acción Católica. Nada menos que el de tesorera provincial. Su historial sólo contaba con un manchón: yo mismo. Tener un consorte impío a su lado no era lo más indicado para su ambición. En consecuencia, y por consejo de Don Matías, a quien mi absoluta indiferencia religiosa sacaba de quicio, se propuso ganarme para que volviera obediente al redil.

«Seré franco, Maruja», le había dicho aquél a mi mujer, tal como luego me confió ella. «Su Ilustrísima siempre la ha visto a usted con buenos ojos, hija mía. Lo que ocurre es que algunas voces se han alzado en contra de su nombramiento como tesorera. Sí, de las dos o tres *marquesonas* que usted y yo de sobra conocemos. Ambos sabemos que lo que no le perdonan a usted es su modesto origen social. Eso salta a la vista. Claro está, por otra parte, que tal razón se la ocultan al obispo, conociendo como conocen las amplias miras apostólicas de Su Ilustrísima. Sin embargo, emplean con él argucias sibilinas deliberando acerca de que si es prudente nombrar a alguien que, aunque de probada moralidad, cuenta con un esposo tan abiertamente ateo que ni siquiera acude a los oficios religiosos del domingo».

Así pues, con semejante disyuntiva, y viendo lo que se jugaba, arrastrarme al seno de la Santa Madre Iglesia se convirtió en su segunda prioridad. Y digo bien segunda porque la primera, con mucho, fue la educación y promoción de nuestro hijo. Aunque tengo que señalar que ambas estaban íntimamente ligadas.

Pedrito, tal como lo llamaba ella, se convirtió en el motor de su vida, pues en él depositó todas las aspiraciones sociales que por sí sola sabía que no iba a poder culminar. Si su hijo triunfaba donde ella había fracasado, sus largos años de frustración los daría por buenos. De sobra sabía que de tesorera jamás pasaría; no se lo permitirían las *marquesonas* de marras, por bien que desempeñase su tarea. Tenía vedado alcanzar su clase social. Esta regla no figuraba

escrita en ninguna parte, pero se leía en sus caras, en sus ropas, en sus modales y en la gente que las adulaba. Ni el Papa de Roma podría obligarlas a admitirla. No la tenían en mucha más consideración y aprecio que a su propio servicio doméstico. Participaría ella en las reuniones de Acción Católica organizando actos, sí. Incluso le permitirían tomar chocolate en su compañía, pero siempre circunscrita al escenario propio de la organización piadosa que dirigían, jamás en el círculo natural de sus amistades o en los actos sociales privados. Pero a su Pedrito, en cambio, llegaría el día en que sí.

En consecuencia, Maruja puso todo su empeño en ello. A toda costa debería ella procurarle a nuestro hijo un colegio religioso de pago. Por tanto, fui el primero en sufrir las secuelas. Tuve que cargarme más horas extras a la espalda. En el plazo de cinco años, el grosor de mis lentes rivalizaba al de una lupa. A ese paso no hallaría monturas que soportasen tanta presbicia. Maruja me obligó también a quitarme del tabaco y del café; Pedrito era empresa de muchas pesetas.

Todos estos sacrificios los habría hecho de buen grado si mi hijo me hubiese correspondido con una pizca de cariño al menos. Pero no. Antes al contrario: desde temprana edad me despreció y ninguneó en absoluta sintonía con su madre. Maruja labraba su carácter como si fuera arcilla en sus manos, sobre un modelo diametralmente opuesto al mío.

Ya en el bachillerato superior ocultaba a los amigos de curso que yo era su padre, como avergonzándose de mí. Mi existencia suponía un obstáculo en su meta. En clase sólo se relacionaba con los compañeros de las familias más acomodadas, labor a la que su buen físico y sus habilidades sociales le ayudaban sobradamente. Tal fue así que en Preuniversitario se lo rifaban las madres de sus amigos. Sus modos corteses, su cuidada imagen y su conducta intachable de joven catolicísimo compensaban con creces los peros a su origen social. Por eso lo invitaban a sus casas con motivo de los cumpleaños y otras celebraciones.

No sé cómo se las ingeniaba para ir siempre tan bien vestido. Mientras yo contaba tan sólo con un traje de chaqueta, el mismo con el que me casé, él disponía de cuatro. Además en su bolsillo no dejaba de sonar la música del dinero. Recuerdo que en una ocasión interrogué a Maruja al respecto y me contestó que obedecía a las economías que ella lograba en el hogar. La respuesta, en realidad, estaba en las sisas que perpetraba ella en Acción Católica, cuya caja administraba, no lo olvidemos. Nunca la sorprendieron pero yo siempre supe que el dinero procedía de ahí.

En breve se nos planteó la encrucijada de los estudios superiores de Pedrito. Por supuesto que yo deseaba que ingresara en la Universidad. Pero habida cuenta de nuestra limitada economía, el coste de una carrera nos superaba. A no ser, tal como yo proponía, que nuestro hijo alternara los estudios con un empleo. ¡Ah, pero qué dije! No hubo manera. Madre y cachorro afilaron uñas en el mismo tronco y cayeron sobre mí. Tendría que haber presentado batalla, haber impuesto mi autoridad paterna. Sin embargo, alguien a quien conocía de sobra dictó absolución: «Sálvalos, Eduardo...».

Pedrito fue cursando Derecho con brillantez. Mientras, las puertas que le conducían a la cima se le fueron abriendo una a una: El SEU, la tuna y Marita Ramírez del Carpio, una de las jóvenes más bellas y de buena familia de cuantas tenía como compañeras, no sólo de clase sino de toda la Facultad. Con este noviazgo Maruja creyó morir de felicidad. A mí, como a un pariente pobre, me mantuvieron al margen de todo.

Tras la licenciatura de mi hijo, su futuro suegro, persona muy influyente en la ciudad, le allanó el camino para colocarse en un prestigioso bufete. Para dicha de mi mujer, ese año el calendario traía por fin boda.

Con el correr del tiempo, la vejez se me presentó antes de hora. A Maruja, en cambio, tras haber conseguido entroncar a su hijo con la buena sociedad, se la vio rejuvenecer. Don Antonio

Peláez Mirete hacía un par de años que había canjeado su almacén por otro infinitamente más estrecho y bajo lápida, permaneciendo así, *almacenado*, por los siglos de los siglos.

Ahora el negocio, que se llamaba empresa, lo llevaba su único hijo, Antonio Peláez García, patrón con mejor preparación que su predecesor, aunque sin su instinto nato para el dinero. En apariencia más humano que el padre pero no menos explotador, si bien se esforzaba en disimularlo.

Por aquellos años mi única distracción me la procuró un perro abandonado que le dio por seguirme en mi trayecto al trabajo. Al final acabé recogéndolo. Tal como presentí, Maruja se opuso con todas sus fuerzas. Pero en esta ocasión, aunque fuera por una sola vez, impuse mi criterio dando un soberano puñetazo en la mesa. El primer sorprendido de este arrebato de autoridad fui yo; y mi muñeca, que se dislocó al darlo demasiado cerca del borde.

Melchor, que así bauticé al perro, me seguía a todas partes sin parar de menear el rabo. Suplió el cariño que mi familia me negaba. A Maruja le horrorizó el nombre que le puse: «No contento con traer a un vulgar chucho a casa, que si al menos fuera de raza, profanas a los Reyes Magos que veneraron a nuestro Señor. El padre Matías me ha dicho que te censure, que no has tenido la más mínima sensibilidad cristiana y que parece mentira que seas el esposo de una virtuosa como yo». A lo que repliqué: «Pues dile a Don Matías de mi parte que me bautice al perro y todos contentos». Mi salida le descompuso el rostro, dio media vuelta y salió de la habitación hecha una fiera. Esa misma noche, nada más acabar de cenar, y mientras ella fregaba los platos, mi hijo se permitió abroncarme por teléfono al respecto, afeándome el enorme disgusto que le había infligido a su madre con mi conducta. Mi supuesta irreverencia religiosa le parecía inadmisibile. Como no pude soportar por más tiempo su sermón, le colgué y saqué a Melchor a pasear. O mejor dicho, él me sacó a mí, que buena falta me hacía tomar el aire.

La felicidad que me producía el perro no duró mucho. Los domingos por la mañana lo llevaba en el coche -un *Seiscientos* de segunda mano que me costó lo mío- a una sierra próxima para caminar a nuestro antojo. Ambos aguardábamos con impaciencia durante la semana ese rato de incomparable libertad. Era un placer quedar a salvo de los *beneméritos* -que así llamaba yo a Maruja y a Pedrito-, ya que madre e hijo se comportaban conmigo y con Melchor como una genuina pareja de la Guardia Civil caminera, siempre vigilantes en su acción represiva. Yo era su *rojo*, su *quinqui*, su bestia negra.

Pues bien, un domingo de tantos la desgracia se cebó conmigo. Una de las veces que le lanzaba piñas al perro para que jugara, fue a enredarse con unas ramas caídas con nidos de procesionaria. Empezó entonces a revolcarse en el suelo y a gemir lastimeramente. De nuevo los gusanos, y esta vez los reales. Cuando llevé al perro al veterinario fue tarde. Los filamentos urticantes lo habían dejado casi ciego.

De vuelta a casa, en vez de compadecerse, Maruja argumentó que lo mejor para el perro y para nosotros era sacrificarlo, a lo que me opuse radicalmente. «Vamos a ser el hazmerreír del barrio», me dijo toda sofocada. «Generalmente son los perros los que hacen de lazarillos y no al revés. ¿Qué pensarán los padres de Marita de un consuegro que va por ahí guiando a un perro cegato? ¡Entra en razón, por amor de Dios! ¡No avergüences a nuestro hijo!». Pero yo, inamovible, no me doblegué. Nadie le quitaría la vida a Melchor.

Al enterarse de la noticia, Pedrito desistió de decirme nada, pero al toparme con su mirada un día observé en ella tanto desprecio que me aterró.

La cosa se fue complicando más y más. Resulta que Melchor se orinaba a menudo en casa debido a la desorientación causada por la lesión. El colmo para Maruja fue cuando una vecina le fue con el cuento de que me había visto armado con fregona y cubo limpiando una meada en el rellano de la escalera. En pocas horas todos los vecinos, ¡y la portera!, acabaron enterándose de que el marido de la señora Maruja, la del tercero, iba por ahí fregando como si fuera una

mujer. ¡Qué vergüenza pasó mi esposa! Esto sentenció definitivamente a Melchor. A la mañana siguiente la sorprendí en el pasillo cuchicheando en secreto con Pedrito. Supe que conspiraban algo, así que me puse en guardia.

Pero un resfriado mal curado me hizo bajarla a la fuerza al tener que guardar cama. Sin embargo, el reposo ya no fue suficiente; en pocos días degeneró en una neumonía que urgía hospitalización. Dos semanas después, repuesto, aunque débil, volví a casa. Al entrar me extrañó que no me recibiera el perro. Al dirigirme a su yacija y verla vacía temí lo peor. Interrogué con los ojos a mi mujer y obtuve la confirmación en forma de sonrisa maligna. ¡Mi perro había sido sacrificado! Se me presentaron entonces dos opciones: Estrangularla allí mismo o escapar de mi furia saliendo a toda prisa a la calle. Pese a optar por lo segundo fui igualmente directo a mi perdición. Al ser invierno y salir sin el abrigo convaleciente resultó fatal. Esa misma noche me abrasaba de fiebre.

Una ambulancia me condujo al hospital. Pulmonía doble fue el diagnóstico de los médicos. Mi estado era crítico. Pasé los dos últimos días de mi vida medio inconsciente. Deliraba. Con voz agonizante, de mis labios no salían más que cifras que iba cantando y arrastrando para la gran suma final, como si estuviera en mi oficina preparando el balance del año: 7.345,24 + 4.328,50 + 5.660,81 + 9.023,90 + 11.461,10 +...

En un momento dado, entre tinieblas, reconocí la voz chillona de Maruja: «Doctor, ¿no puede dar nada para que calle? ¡Está disparatando!». Me llegaban también las quejas de los enfermos con los que compartía pabellón: «¡Ese loco que se calle, que no nos deja dormir!».

También noté el tacto de unos dedos fríos rozándome la frente a la vez que me envolvía el coro mortecino de una letanía de oraciones. Era un cura administrándome los santos óleos, dándome la extremaunción. En esas, alguien exclamó: «¡Mirad! Ha abierto los párpados, parece que quiera decirnos algo». Sí, había conseguido despegarlos a duras penas. A quemarropa me encontré con la mirada vidriosa de Don Matías. Es curioso, nunca me había asomado a los ojos de un gusano. El cura rebosaba satisfacción; por fin me tenía en sus manos. Habría sido la envidia de sus compañeros de seminario. Nada menos que un ateo indefenso en su lecho de muerte para él solo.

Al reconocerlo me agité para escapar del planeo negro de su manga suspendida sobre mi cara como ave de carroña. Pero unas manos masculinas y vigorosas me aferraron a la cama mientras recibía el sacramento. Esos dedos me resultaron familiares. ¿Acaso no los acaricié como prolongación de mi propia carne cuando vinieron al mundo? Dejé de luchar. ¿Qué más daba si mi simiente me traicionaba?

La muerte se me coló de madrugada anunciándose en aquella pesadilla que solía padecer de niño. De nuevo me hundía entre las lombrices del estanque. Pero a diferencia de entonces, ahora no desperté y me quedé para siempre allí en su compañía.

En estos momentos, mientras acabo de narraros mi historia, me hallo constreñido en este ataúd, prensado entre otros muchos en alguna colmena de nichos. *Ellos* están ahora conmigo participando de mi putrefacción. *Utrimque roditur* (por todas partes me roen). No se mueven de mi lado, arrastrándose laboriosos bajo la tela húmeda de la mortaja. Aun sin verlos sé que están ahí a millares tomando posesión de mi cuerpo, devorándome. Mi repulsión es absoluta. Soy hoja de morera que soporta en terrorífica quietud su destino. Y lo peor es que cuando el tacto frío de mis huesos les anuncien su irrevocable muerte por falta de sustento, la vieja misericordia que ha arruinado toda mi vida tomará voz una vez más: «Sálvalos, Eduardo, sálvalos; que vivan también las criaturas». Por esa razón me reencarnaré y naceré de nuevo, para que pueda comenzar otra vez el ciclo de los gusanos.